

TÍTULO: *Las alas del sol*

AUTOR: Jordi Sierra i Fabra

COLECCIÓN: El Barco de Vapor – serie Roja

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Y al abrir los ojos, vio el resplandor.

Era la primera luz, todavía tenue, aún difusa, la que le acababa de despertar, como cada mañana. Y también como cada mañana, a pesar de que las sombras dominaban su entorno con mayor fuerza que la claridad, miró en primer lugar al hombre negro del techo del barracón. Luego le sonrió.

-Hola, Johnny -susurró.

El desconchado no se movió; permaneció estático en las alturas, como el reflejo de un imaginario sueño.

Ni siquiera él sabía que Yu era su amigo secreto.

El chico se levantó de un salto, en silencio, con la larga práctica ejercitada día tras día, y pasó por encima de los cuerpos de sus hermanas. Su padre y su madre dormían al filo del nuevo día.

La misma escena de siempre, sazónada cada amanecer con una nueva esperanza.

Sus pies descalzos se movieron con la agilidad de un chimpancé. Salió fuera del barracón, donde se hacinaban más de setenta personas, contando los últimos refugiados recién llegados dos días antes. Una vez en el exterior, se rascó por encima de la sucia camiseta y buscó la posible presencia de una chinche, para echar luego a correr por la callejuela polvorienta y reseca. Era el único momento en que se sentía solo, y siempre le parecía muy especial, como si él fuese el único habitante del campo. Después, todo se hacía más difícil: caminar, respirar, incluso sonreír.

Y a Yu le gustaba sonreír.

La enfermera, la señora Potts, le había dicho el primer día que su sonrisa era muy contagiosa.

Corrió por la callejuela de su barracón, a la que llamaban eufemísticamente Avenida de la Luz, porque el sol golpeaba de lleno sobre ella cuando llegaba a su cenit, y fue acercándose a su objetivo en una breve carrera. No estaba lejos de las alambradas, aunque en realidad dentro del campo nada estaba lejos de ellas, así que llegó rápidamente a su destino. Como cada mañana también, se pegó a la primera, metió los dedos a través de los rombos de la rejilla metálica y aproximó los ojos a lo que constituía el límite de su mundo.

Yu no miró la segunda alambrada, ni se fijó en la altura de cinco metros que tenía la primera, a la que seguía pegado. Tampoco miró a derecha e izquierda, en dirección a las dos torres de

vigilancia. Sólo formaban parte del paisaje en determinadas ocasiones. Y nunca, desde luego, al amanecer.

El amanecer era el instante de la libertad. La máxima ilusión. Centró su mirada en la montaña, distante, recortada con suave perfección sobre la línea lejana del horizonte. A su espalda, la noche era barrida impetuosa aunque solemnemente por el resplandor del día. Por delante, ese día era presagio y también certeza. Si algo no fallaba nunca, si en algo se podía confiar, era en que cada mañana él estaría allí.

El sol.

Yu esperó. La cita tenía algo de mágica, y no por conocida jornada a jornada era igual o repetida, monótona o vulgar. Su madre le había dicho que aquel sol era el mismo de la aldea, que aún recordaba pese al paso del tiempo. Y que también era el mismo que alumbraba el resto del mundo, el gran mundo.

Hasta Australia.

Porque el sol era el más libre de los prodigios de la naturaleza, el más vivo, el más poderoso y el más fuerte. Su madre le había dicho que estaba allí mucho antes de que llegaran ellos, y que seguiría mucho después de haberse ido. Desde luego no se refería a ellos mismos, o a los refugiados del campo. Se refería a los humanos, a todos.

Claro que eso, para Yu, era demasiado profundo.

Se contentaba con saber que el sol, lo mismo que la mancha negra con forma de hombre del techo del barracón, era su amigo.

Esperó.

No demasiado. Los minutos se hicieron arrullo; el silencio, música; la calma, paz. El resplandor fue cada vez mayor; las sombras, menores. La sinfonía de colores creció, apoderándose de un mundo que parecía esperarla para despertar. El cielo dejó de ser oscuro y se tornó rojo y amarillo, blanco y, de nuevo, azul, aunque esta vez mucho más claro. Los ojos de Yu atravesaban el hueco de la alambrada y se centraban en el punto por el cual despuntaría el astro rey.

Le hubiera gustado verlo del otro lado de las dos alambradas, sin barreras ni fronteras.

Como en su aldea.

Donde quiera que estuviese, porque ya no lo sabía.

Contuvo la respiración al aparecer el primer atisbo de mayor luminosidad. Allí estaba, por fin, fiel a su cita. Despuntaba con la misma lentitud majestuosa de siempre, inalterable y solemne. Era hermoso su elegante despertar, emergiendo de la tierra para convertirse en su guía.

Más y más.

Los ojos de Yu se llenaron de él. Si el sol era un todo celestial, sus ojos eran ahora dos lunas, grandes y llenas. Despacio, muy despacio, el milagro se produjo. El sol se abrió paso entre la última cárcel y acabó flotando por encima de ella.

Extendiendo sus alas.

Había amanecido, ya era de día. Pronto el Gran Dios sobrevolaría las alambradas, simbolizando la libertad, la esperanza.

Yu cerró los ojos.

Y sintió las alas del sol en su corazón.